

De la Independencia a la Revolución *Radiografía de México y la mexicanidad a través* *de la prosa de Octavio Paz*

Rafael MARTÍNEZ SÁNCHEZ-GIRÓN

De la Independencia a la Revolución es el periodo de trágica soledad que vive la sociedad mexicana, que se ha de enfrentar a la presencia de un Estado y un gobierno propio que no reflejan la pluralidad nacional de un territorio que en la práctica tan sólo ha experimentado un cambio de nombre. Ése es el diagnóstico de Octavio Paz, autor de *El laberinto de la soledad*, que recoge la síntesis de este proceso histórico, embrión de un proyecto llamado México.

Cinco momentos clave que relatan la historia de México, que se rebela contra la Nueva España colonial para adquirir el nombre y personalidad que le otorga su Independencia, cuya forma no se ve acompañada del contenido que años más tarde imprime la Reforma de Juárez, y que demuestra que el nuevo país no está preparado para asumir el rumbo de modernidad que desgarrar de un plumazo el tirano honrado, quien tiene el dudoso honor de convertir su legado, el porfirismo, en el germen del México moderno, su Revolución.

La vulgaridad administrativa que adquiere la joya del Imperio español convierte a la Nueva España del XVIII en territorio ultramarino. Las reformas que emprende Carlos III en este territorio demuestran que el lavado de cara es insuficiente si carece de una transformación de la sociedad, cuerpo que acompaña al destino de la nueva administración que se arrastra hacia el inevitable descasamiento con la metrópoli.

Y es que el divorcio entre las instituciones y la sociedad local se erige en el auténtico problema estructural de la historia de un pueblo que nunca ha visto correspondido su sentimiento de nación con el nacimiento del nuevo Estado, única opción contemplada en el horizonte de la construcción de un nuevo orden.

Por este motivo se ha llegado a decir que México, de acuerdo con la prosa del autor, se independizó de España gracias a la inercia de su relación maternal, como aquel adolescente que al llegar a la mayoría de edad se desprende del yugo familiar sin preguntarse siquiera por qué lo hace y sin saber el verdadero significado de la madurez que le ha regalado su edad, y no la honestidad de su experiencia.

La situación de la Nueva España es extrapolable a los demás territorios coloniales de la América española continental, en donde las oligarquías de colonos se encargaran de recordar que la salida de España de sus antaño «reinos vasallos» no une sino desune. La independencia, al contrario de su raíz semántica, separa aún más a los nuevos estados, que en cuestión de unos pocos años convierten en ambigüedad el sueño panamericano de Bolívar y San Martín, esfumado desde su propia concepción, una reflexión que Paz desnuda en el interior de su obra.

Esto sucede en parte gracias a la aristocracia feudal nativa, herederos del viejo orden colonial, quienes reimplantarán el antiguo régimen en las recién nacidas repúblicas americanas, cuyas independencias se asemejan a la Conquista en el hecho de que en ambos acontecimientos históricos se disuelven imperios para dar paso a la creación de una nueva forma de organización territorial. Para muchos los territorios hispanoamericanos eran un lugar para experimentar nuevos sistemas políticos, para otros tantos aún lo siguen siendo.

La cuestión principal de la ambigüedad en la retórica independentista era que ésta respondía a necesidades políticas y militares del momento, no a las raíces históricas como, por ejemplo, exhibían la Francia republicana o los recién nacidos Estados Unidos de América. La consecuencia del prematuro nacimiento del Estado sudamericano en la ausencia de unos rasgos nacionales propios, particulares y arraigados entre su población, los cuales no emergen del propio sentimiento nacionalista de la misma del carácter artificial del Estado, un rasgo común a los pueblos de Sudamérica.

Se busca al pueblo en el proceso de Independencia, al criollo, al mestizo, al indio y al negro, al nortño, al chilango, al maya y al oaxaqueño, pero la palabra «proceso» excluye la participación de todos estos actores, santo y seña de la pluralista y diversificada sociedad mexicana. De esta forma, el Estado nace de espaldas al pueblo, al que no se consulta ni con el que se trabaja, esta ahí y simplemente será utilizado cuando el momento político lo requiera, no cuando sienta la llamada de la historia, de la cual pretenden adueñarse sus tutores, porque

los gobernantes requieren de una conciencia de país que, como un embrión, espera su concepción en el purgatorio mexicano.

Hasta que el pueblo despierta de su letargo, adquiera conciencia y se lance hacia el opresor y el acaparador, es una guerra contra la metrópoli y también contra el latifundista nativo, de aquí nace su concepción. Octavio Paz describe este momento como una guerra de clases, nada más cierto, pues esta afirmación es la reflexión de la descripción más precisa de México como país desde su creación hasta nuestros días.

Una población adormecida y envenenada de ilusoria realidad es el arma infalible al que acuden propietarios y latifundistas cuando, tras luchar entre ellos, buscan la alianza de los insurgentes que les permitan, a estos «virreyes», conservar todo su poder y capital que el nuevo liberalismo español peninsular amenaza con arrebatar. Y en medio, ¿qué?, ¿burguesía?, simplemente en medio no hay nada, sólo carencia y vacío, un abismo que entierra toda amenaza hacia los intereses de los ricos. Bienvenido México, la tierra de las desigualdades, un nuevo Estado anticolonial gobernado por colonos, disparate nacional.

Ante este panorama, el colonizador se marcha solo, en sus naves no embarcan el caudillismo, el vasallaje ni la corrupción, los cuales no se delegan a los mexicanos, sino que sus gobernantes los abrazan como algo propio, como un modelo a mejorar, unas cadenas más para apretar y, ante todo, un arma más que utilizar. Los nuevos regidores del Estado ni siquiera prometen nada, la ausencia de propuestas es la ausencia de promesas, no hay nada que cumplir pero tampoco que incumplir, sólo ello explica que México se convierta en un imperio con Iturbide, un término alérgico para una población que por aislamiento y desconocimiento no puede pedir cuentas a nadie, porque ignora los cambios. Hay un imperio mexicano, no español, pero imperio al fin y al cabo, mismo disfraz con distinta careta.

Tienen que pasar unos cuantos años, con sus respectivos dictadores e inquisidores de poder, para que los cambios adquieran conciencia pública y abran el debate histórico, cambios que serán buenos o malos, pero cambios al fin y al cabo que configuren la identidad y personalidad mexicana. El problema es que la Reforma de Juárez despedaza, insulta y niega la herencia española, católica e indigenista que la constituyen el auténtico ser de su pueblo. México se construye negando su pasado, el proyecto de una minoría frente a la masa católica y tradicional.

Entre medias, Independencia y Reforma, la población contempla dos imperios, varios pronunciamientos, pérdidas de territorios en la guerra y *vendetta* contra Estados Unidos, nuevas señas de identidad del poder latinoamericano (Santa Anna) y, ante todo, luchas entre conservadores y liberales, clave de la disgregación del país, como señala Octavio Paz, que conduce al disparate del imperio Maximiliano, un liberal apoyado por conservadores, fusilado por Juárez y por la propia historia mexicana.

Reinstaurado el proceso, que no la cordura, para unos lo que hace Juárez es fundar México, para otros lo refunda, pero en ambos casos se coincide en que lo hace sobre la base de la realidad del hombre, concepto humanista, pero no sobre la de sus habitantes, concepto humanizador. La soledad de México es la de sus hijos e hijas, incomprendidos y ausentes de las imposiciones de las minorías, auténtico rasgo histórico del país y al que trágicamente se acostumbra ya el mexicano, lo hizo con la Conquista, con el I Catolicismo, con la Independencia y ahora con la Reforma que institucionaliza el cambio como el compañero de un pueblo que se pregunta por qué.

Pero el deambular de un país y de su pueblo es lo que construye su propio legado, y la soledad y el abandono de una sociedad que no comprende es la justificación que emplea el tirano honrado para establecer la ciencia del poder, la explicación lógica-racional del abuso necesario, como señala el autor, de la pérdida de la anarquía mediante el sacrificio de la libertad.

Porfirio Díaz establece un nuevo régimen, el semicolonialismo, un nuevo sistema más para el mexicano que aspira a una ciudadanía que no parece llegar nunca. El dictador arregla ciertos problemas pero crea otros nuevos y mientras tanto nace el fantasma del terrible vecino, experto en el manejo de marionetas tales como terratenientes nostálgicos del pasado colonial, perdón, de su poder colonial, y caudillos positivistas, toda una contradicción similar a la ausencia de la burguesía cuyo lugar ocupa el latifundista.

Y aunque el autor no lo comenta en profundidad, lo cierto es que en este tiempo de ciencia neofeudal, el país establece y consolida su relación de eterna desigualdad con Estados Unidos como el embrión de la evidencia más clara de nuestro tiempo, la losa del poderoso que tanto amarga a una sociedad que también, es cierto, mira en exceso las garras del vecino del norte descuidando aquellas de la corte nacional que la ciencia de Porfirio se ha preocupado en instaurar.

Octavio Paz hace la perfecta radiografía de esta situación. Cien años de historia observan a un pueblo empobrecido, una vida religiosa humillada y una cultura popular enterrada. Se llama México, un Estado artificial acostumbrado a importar y no a desarrollar una conciencia y un pensamiento nacional. Si no difícilmente se puede explicar que se mire más a Francia y Estados Unidos que a la olvidada España, no se puede dar la espalda a la historia y rienda suelta a las imitaciones foráneas, pues al final el resultado arroja el trágico premio de asfixia y soledad.

Es la tremenda contradicción del mexicano de ahora y de antes que critica lo de fuera pero lo copia en su forma de vestir, en la música que escucha, en el fusilamiento de su lengua, en el rechazo a su pasado, aunque en el fondo lo único que consigue es negarse a sí mismo, una realidad en el país de los contrastes.

Y, ante todo esto, ¿qué significa para un mexicano ser mexicano entonces? Es la eterna pregunta que todos se hacen y que lleva a encogerse de hombros a la mayoría, pues la búsqueda de su identidad es un misterio ancestral, oculto en la memoria que tanto evade el mexicano. La recolonización económica, cultural y social de Estados Unidos se siente a lo largo y ancho de un país, en el que, finalmente, lo que acaba uniendo al indígena, al maya, al chilango y al norteno es la Virgen de Guadalupe, construcción ésta sí propia y particular del mexicano, que se autodefine guadalupano, rasgo nacional que, como es costumbre, muchos se niegan incluso a admitir. El mexicano no tiene un estilo de vida pero dice que lo tiene, obvia la cultura prehispánica y la acepta al mismo tiempo y todo ello es fruto de la carencia de unidad en un país que se dice honesto pero corrupto, humilde pero arrogante, unido pero dividido, trabajador pero flojo, católico pero guadalupano. Finalmente, el mexicano decidió arriesgarse y buscar su identidad mediante la lucha civil.

La Revolución, dice Paz, surge sin identidad, se encuentra a sí misma, se autodesarrolla, es autodidacta. Sin duda, nadie en la Revolución tenía un proyecto sobre México, pero la espontaneidad, la ausencia de propuestas y el desmadre general imprimieron las primeras características del renacido país.

La insurgencia estalla pero, previamente, se prepara. La situación social y política de un país a la deriva, la inquietud de la nueva clase media y el descontento obrero provocan la elección de la alternativa revolucionaria como método de cambio para una sociedad agotada de todo. A ello hay que añadir la conspiración de Estados Unidos por la posición de México en el mundo (economía, in-

versiones y territorio) y la destrucción de la filosofía del régimen sin colocar ni ofrecer nada nuevo.

El autor comenta que la Revolución es una lucha por recuperar las tierras arrebatadas por españoles primero y latifundistas después, es en su intrínseca concepción y desarrollo una revuelta agraria. México no se concibe como un futuro a realizar, sino como un regreso a los orígenes, menciona Paz como máxima revolucionaria. En estos momentos, México piensa en México, se busca sin saber si se encontrará, pero se busca y para ello todo parte del pasado indígena.

La Constitución del 1917 de Carranza, beneficiado de la lucha entre el villismo del Norte y el zapatismo del Sur es liberal ante la falta de ideas revolucionarias, lo que demuestra que Villa y Zapata eran sólo insurgentes sin modelo de Estado; entonces, ¿todo sigue igual? La situación ha cambiado, pero no se ha conquistado nada nuevo, gran tragedia de la lucha civil, da la sensación de que la Revolución debe algo a México todavía, reconquistar el pasado, asimilarlo y hacerlo vivo en el presente.

La realidad es un fruto duro y maduro para el mexicano, que sigue sin encontrar su persona, invadido por las dudas y asfixiado por su soledad, sólo le queda la Revolución, la palabra mágica, que emborracha y mata, pero que en ambos casos olvida el terror de la realidad y descubre la autenticidad del mexicano, ya por completo desnudo de sí mismo.